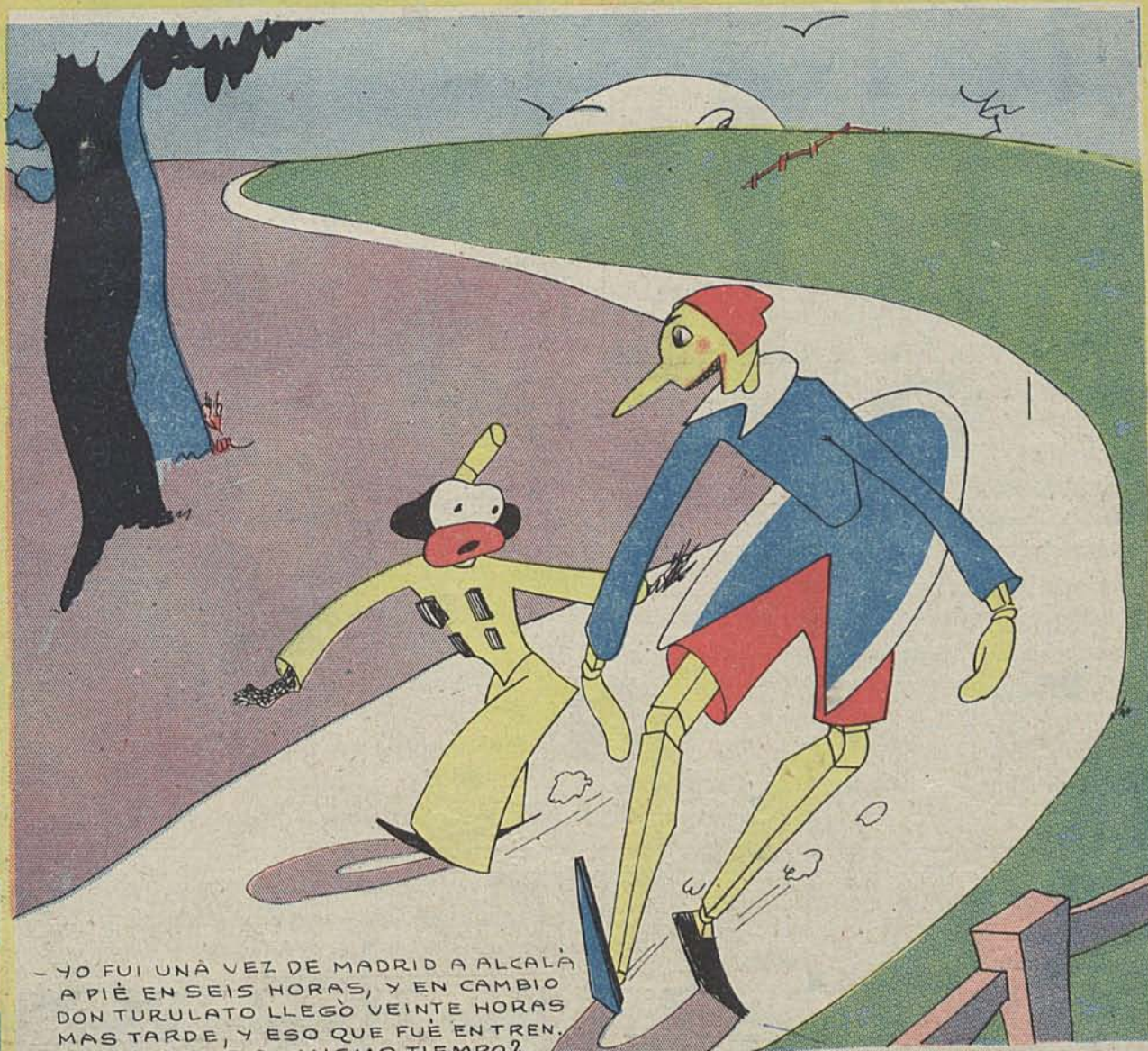


# PINOCHO

AÑO VI  
NUM. 297

25 cts

26 OCTUBRE  
1930



- YO FUI UNA VEZ DE MADRID A ALCALÁ  
A PIÉ EN SEIS HORAS, Y EN CAMBIO  
DON TURULATO LLEGÒ VEINTE HORAS  
MÁS TARDE, Y ESO QUE FUÉ ENTREN.  
- ¿Y SALISTEIS AL MISMO TIEMPO?  
- ¡NO; EL, SALIÓ AL DÍA SIGUIENTE!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

«Fácil era adivinar quiénes eran los autores de aquellas salvajadas,

porque el *squatter* halló un día junto a la puerta de su casa un trozo de flecha envuelto en una piel de serpiente, lo que equivale entre los indios a declaración de guerra.

»Temiendo que el jefe indio llegara a robarle su hija, esperó un día al correo de San Luis, conducido por Patt, y se metió en él con la joven.

»*Flecha Volante*, que vigilaba, presencié la fuga; pero como en aquel momento no tenía cerca de él a ningún guerrero, limitó su rabia a lanzar esta amenaza:

«¡Tú, Patt, que alejas de mí a la que sería mi mujer, volverás a la pradera, y entonces te arrancaré la cabellera!

»El valiente correo, acostumbrado a las bravatas de los indios, no se dignó siquiera responder. Condujo al *squatter* y a su hija a San Francisco, y siguió haciendo sus viajes.

»*Flecha Volante* no había amenazado en vano. Furioso por haber perdido a la joven, juró un odio mortal contra el correo.

»Como veis, el indio ha cumplido su palabra. Ahí tenéis la prueba.

Y señaló el cadáver de Patt.

—Apuesto ahora mi pipa—añadió—contra un rifle a que a estas horas la cabellera de Patt daorna el escudo de *Flecha Volante*.

—¿Nos cabrá a nosotros igual desgracia?—preguntó Jorge.

—Espero que no—dijo John, levantándose para explorar el horizonte.

Apenas se había puesto las manos como pantallas ante los ojos, cuando prorrumpió en un grito:

—¡Humo!

Todos se levantaron de pronto.

Hacia el sur, a una gran distancia, se levantaba verticalmente una columna de humo.

—No puede ser un campamento indio—dijo John—. Más bien parece una gran factoría o una estación. ¿Será Kampa? ¿Qué os parece, gambusino?

—Puede ser—contestó secamente *Nube Roja*.

—¿Qué hacemos, John?—preguntó Harris—. ¿Debemos renunciar también al correo de Kampa?

—¡Qué sé yo! No sé por qué, se me figura que los *chayennes* no han asaltado esa estación.

—¿La habrán incendiado tal vez los mismos empleados antes de replegarse hacia las fronteras de California o de Méjico? Porque no me cabe duda de que ese humo delata un incendio, y no la hoguera de un campamento.

—Pues, suceda lo que quiera, yo voy a saber lo que ha ocurrido en esa estación, que, después de todo, está protegida por la vecindad de los voluntarios del coronel. Así, si encontramos compañía, será mejor para nosotros, ahora que sabemos que los *chayennes* están en la pradera. ¡Camaradas, a caballo! ¡Antes de que anochezca sabremos si es la estación de Kampa la que ha sido incendiada!

## CAPÍTULO VIII

### Los «squatters» de Kampa

Persuadidos los expedicionarios de que se trataba de escapar de los *tomahawak* y de las lanzas de los *chayennes*, montaron en un vuelo, y después de inspeccionar nuevamente el



horizonte partieron hacia el sur, hendiendo aquel océano de verdura, que parecía no tener fin.

La columna de humo era siempre visible, y les servía como de faro. Algún gran edificio debía de arder en la pradera, pues el humo que se elevaba hasta la altura era muy espeso.

No encontrándose en aquella dirección más edificio que Kampa, esta estación había de ser forzosamente la incendiada.

En aquella época, la emigración blanca era muy lenta, a causa de la hostilidad de los indios, y las ciudades y aldeas se encontraban a enorme distancia unas de otras, haciéndose precisa en los caminos la protección de un fortín con pequeña guarnición. Estos fortines no abundaban, porque el Gobierno no podía atenderlos.

Según su costumbre, John, que cabalgaba delante de los suyos, hacía frecuentes paradas para observar atentamente la hierba, pues podía suceder que entre ella se escondieran los asesinos de Patt y sus compañeros.

Prestaba especialmente gran atención a los animales salvajes, que de cuando en cuando se mostraban donde la hierba era menos alta, alrededor de las charcas, para observar por su actitud si los indios andaban por allí.

Había recorrido, guiando siempre a sus compañeros, media docena de millas, y ya la columna de humo estaba muy cerca, cuando vio pasar ante él, con la velocidad de un huracán, una manada de caballos salvajes.

Habría unos cuarenta, todos de raza andaluza, que es la más extendida en aquellos terrenos; raza de pequeña alzada, vigorosa y de una resistencia increíble, que fué importada por los primeros conquistadores de Méjico, y más tarde por Hernando de Soto, que dió suelta a varias parejas en las orillas del Mississipi.

Se encuentran también numerosas yeguas de caballos ingleses venidos del Oriente, y que asimismo se han propagado extraordinariamente, a pesar de la gran caza que en ellos hacen los indios, que puede decirse son sus más encarnizados enemigos.

Por esta razón, donde hay *mustongos*, o

caballos salvajes, es difícil que cerca haya indios.

Al verlos correr lanzando alegres relinchos, John tuvo la seguridad de que por allí no había indios.

—Ahora estoy cierto,—dijo a Harris, que admiraba la soberbia estampa de aquellos brutos—; ante nosotros no hay *chayennes*. El caballo olfatea a gran distancia al *piel roja*, y huye de él como de la peste.

—Se diría que vienen de Kampa—exclamó el cazador.

—Tal vez les haya asustado el incendio.

—Siento no tener tiempo de cazar a alguno.

—No faltarán ocasiones, camaradas. Por ahora pensemos en nuestra cabellera, y no en las crines de los caballos. ¡Oh!—dijo de pronto—. ¡El humo ha cesado por completo! ¿Oyes algún disparo?

—No.

—¿Y vosotros?

—Tampoco—respondieron a una Jorge y el *gambusino*.

—Entonces, todo va bien.

Como para desmentirle, de repente los cuatro caballos, que avanzaban al trote, dieron un gran salto, cual si quisieran evitar cualquier obstáculo escondido entre la hierba.

Si no se hubiera tratado de habilísimos jinetes, los cuatro habrían caído a tierra; pero todos montaban muy bien, y la muchacha india sabía también sujetarse.

—¡Eh, John!—dijo Harris, armando prontamente el rifle.

El *indian-agent* respondió con un juramento.

—¿Una emboscada?

—Han puesto lazos entre la hierba—respondió el gigante, deteniendo su caballo.

—¿Quién?—preguntó Jorge.

—¿Quién quieres que sea más que los *chayennes*? ¡Armad los fusiles, y quietos todos!

Como si hubieran comprendido las intenciones del jefe, los caballos se detuvieron en una sola línea, sin relinchar, que es lo primero que hubiera hecho un caballo europeo.

(Continuará en el próximo número).



# ANITA

## BUEN- CORAZON





# Los naufragos del Canadá

por E. Salgari

(Continuación)

Era un hermoso buque de tres palos, de buen porte, a prueba de escollos, pues había varado dos años antes en los bancos de Terranova y además capaz de desafiar los vientos más fuertes del Océano Atlántico.

Yo había contraído estrecha amistad con un tal Noel, un canadiense que en su tiempo fué pescador de bacalao y que tenía su familia en la isla del Príncipe Eduardo, una de las mayores del golfo de San Lorenzo.

Como os he dicho ya era un bravo mozo de veintiseis años, ágil como un mono y de complexión robustísima por lo cual era considerado entre nosotros como el mejor gaviero de la marina inglesa.

En cambio había oído hablar entre los marineros cosas muy poco honrosas respecto a su padre. Me habían dicho que era uno de los cabezillas de los naufragadores de San Lorenzo.

Fuesen aquellas hablillas ciertas o no, lo cierto es que, con respecto al hijo no se podía decir lo mismo que de su padre.

Un día salimos de Noruega con un cargamento de carriles de hierro que iban destinados a Quebec, la capital del Canadá.

Noel al enterarse de que íbamos a dirigirnos hacia su tierra no pudo ocultarme su alegría.

—Volveré a ver otra vez a mi padre—dijo—. Hace ya cuatro años que no le abrazo y ya verás: tú te vienes a mi casa Miccò y te pasas con nosotros algunas semanas.

A pesar de las conversaciones que había oído con respecto a su padre, no quise rehusar aquella cortés invitación.

Quizá se hayan engañado, me decía, no es posible que un muchacho tan bueno tuviese un padre de esa naturaleza.

La travesía del Atlántico había sido sumamente feliz. Nuestro buque, después de cuarenta días de navegación había llegado a la vista de Terranova la famosa isla en cuyos bancos se pescan a millares excelentes bacalaos.

Estos parajes son sumamente peligrosos a causa de las nieblas que allí son muy densas y de ciertos vientos llamados *poudrin* que soplan con una violencia tal que no os podéis formar idea.

Y he aquí que una tarde, poco después de ponerse el sol sobrevino una densísima niebla que nos impedía ver la isla.

Noel, muy práctico en aquellas latitudes, pues había ejercitado la pesca de bacalaos durante algunos años, se acercó a mí y me dijo con cierta ansiedad:

—Vamos a pasar una noche muy mala.

—El buque está intacto y el Golfo de San Lorenzo está ante nosotros—le contesté—. Dentro de unos días estaremos a la vista de tu isla y podrás abrazar a tu padre.

—Tú quieres animarme y sin embargo yo estoy triste—me dijo el joven gaviero.

Le miré con estupor. En su acento se notaba un dejo angustioso.

—¿Qué malos presagios te atormentan?—le pregunté—. Estamos a pocas decenas de leguas de tu isla y en vez de ponerte contento estás como en un funeral.

—Pronto tendremos el *poudrin*—dijo sin contestar a mis palabras.

—¡Déjale que venga!

—Y nos va a hacer bailar horriblemente.

—Ya estamos acostumbrados a ese jaleo.







—Tú no conoces aún los peligros que pueden acecharnos en el Golfo de San Lorenzo— me dijo con tono misterioso.

—¿Qué me quieres decir?—le pregunté.

—Allí están los *naufregadores*—me dijo casi al oído.

Después huyó hacia la popa como si aquella confidencia le hubiera quemado los labios.

Mientras tanto la niebla había ido creciendo y nos envolvía por completo en tanto que del septentrion comenzaban a soplar ciertas ráfagas heladas que aterían nuestros miembros y ponían en dura prueba la resistencia de nuestras velas.

El capitán había girado a lo largo de la costa meridional de de Terranova y después de un breve consejo que tuvo con sus oficiales decidió buscar refugio en el puerto de Cabo Bretón, pues no osaba internarse en el Golfo de San Lorenzo.

La noche había sobrevenido tan oscura que no podíamos distinguir nada a nuestro alrededor. Oíamos, en cambio, los mugidos crecientes de las olas que sacudían de un modo horroroso a nuestro pobre barco.

El capitán había tomado esta decisión pero sin tener en cuenta la inestabilidad del viento. Cuando ya se figuraba estar a poca distancia del puerto de Cabo Bretón sobrevinieron las ráfagas que le dirigen hacia el Sur y le impulsan al Golfo de San Lorenzo ya cubierto de nieblas por completo.

Nuestra situación se hacía sumamente grave. Estábamos a merced del viento y de las olas y no nos era posible saber con precisión en qué paraje nos encontrábamos.

Algunos decían que habíamos pasado ya la punta extrema del Cabo Bretón y que corríamos a lo largo de la costa del Príncipe Eduardo; otros en cambio aseguraban que nos encontrábamos en pleno Golfo.

Hacia las dos de la madrugada oímos una voz que exclamó: —¡Un faro a babor!

En medio de las brumas y a cierta altura se veía brillar confusamente un punto luminoso y algo más lejos, otro.

¿Eran los faros de algún puerto o las señales de los terribles *naufregadores* canadienses?

Mientras estaba observándolos con atención sentí que me tocaban en el hombro.

—¿Crees que son faros?—me preguntó una voz.

Me volví y vi a Noel.

—Sí—contesté.

—Pues yo no soy de tu opinión—me replicó.

—Yo opino lo que el capitán que ha virado a babor y trata de aproximarse a esos puntos luminosos.

—Temo una desgracia—me volvió a decir Noel.

—Pues yo no creo en tus *naufregadores*—dije—. Esos bribones a mí entender solo existen en tu imaginación.

Mientras tanto el barco se iba aproximando a aquellos puntos luminosos los cuales se hacían cada vez más visibles si bien la niebla seguía siendo espesísima.

El capitán creyendo de buena fe que se encontraba ante una de las pequeñas bahías de la isla del Príncipe Eduardo ordenó embriar las gavias y las velas altas y preparar las anclas.

El mar estaba malísimo por aquella parte.

Las olas se encaibalgaban unas sobre otras contra la costa formando torbellinos espantosos y chocando fieramente al retroceder

contra todo aquello que era arrastrado por la fuerza del viento.

Una viva ansiedad se había apoderado de todos nosotros.

Teníamos la intuición de un grave peligro y sin embargo aquellos dos fuegos nos atraían como las luces a las mariposas, esperando encontrar en ellos un lugar seguro contra la furia del mar.

No distábamos ya de aquellas luces más que unas brazas cuando de la parte de proa se elevó de pronto un clamor horrible.

—¡Los escollos! ¡los escollos!

(Continuará.)



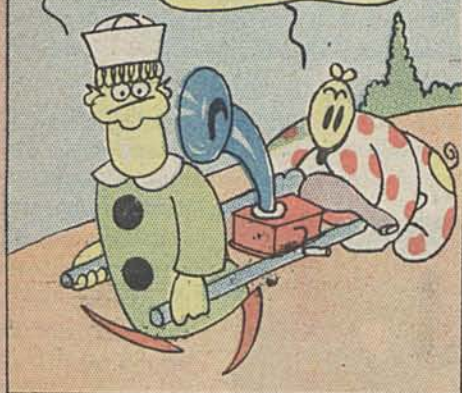




# (CON CHUFITA Y PERICUELO) SE PASA LA VIDA AL PELO



HOY NOS VAMOS CHUFITA Y UN SERVIDOR  
A CAZAR LEONAS. SI, SEÑOR; A CAZAR  
LEONAS CON UN GRAMÓFONO  
Y UN JAMÓN



¡EA! YA ESTAMOS EN LA SELVA. CO-  
LOCAMOS AQUÍ EL GRAMÓFONO

¡QUÉ POÉTICA ES LA SELVA  
CUANDO HUELE A JAMÓN, PE-  
RICUELO!

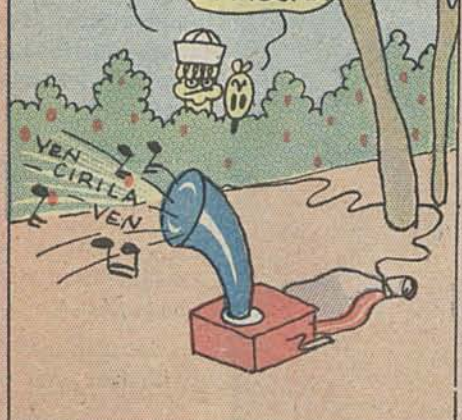


Y ATAMOS EL JAMÓN CON UNA CUER-  
DA ¿COMPRENDES, CHUFITA?

SI, SEÑOR; ESO ESTÁ MUY BIEN,  
PORQUE COMO EL JAMÓN ES UN  
ANIMALITO INDEFENSO SI VEMOS  
QUE EL LEÓN LO QUIERE MATAR,  
TIRAMOS DE LA  
CUERDA, LO SAL-  
VAMOS Y NOS  
LO COMEMOS



¡QUÉ EMOCIÓN, CHUFITA! YA SE OYEN PI-  
SADAS DE LEONA. YO RECUERDO QUE CUANDO  
ERA FIERA ME PASABA LO  
MISMO. ME PIRRABA POR  
LA MÚSICA



AHORA, CON MUCHÍSIMO DISIMULO  
SE ATA AL RABO DE LA LEONA  
LA CUERDA DEL JAMÓN

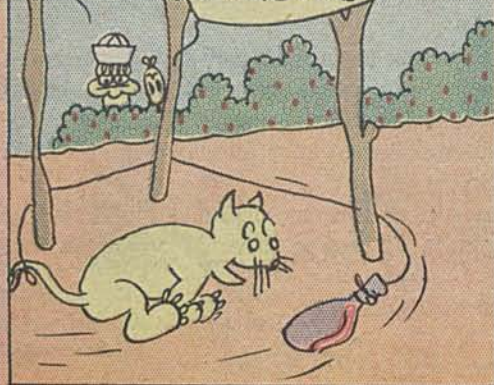


Y CON MUCHÍSIMO DISIMULO TAM-  
BIEN SE HACE SABER A LA LEONA  
QUE NO TODO LO QUE HAY EN LA  
SELVA ES MÚSICA



YA SE LANZA COMO UNA FIERA EN  
PERSECUCIÓN DEL JAMÓN

¡OLE! ¡OLE!... EL JAMÓN  
CORRE MÁS



Y CORRE QUE TE CORRE  
PASA UNA HORA... Y PASAN  
DOS... Y SIETE... Y DOCE..



....PERO A LAS TRECE HORAS Y DOS  
MINUTOS DE CARRERA LA LEONA YA  
NO PUEDE MÁS, SE TUMBA A DOR-  
MIR, Y ENTONCES SE LA CAZA COMO A  
UNA INOFENSIVA  
PERRITA

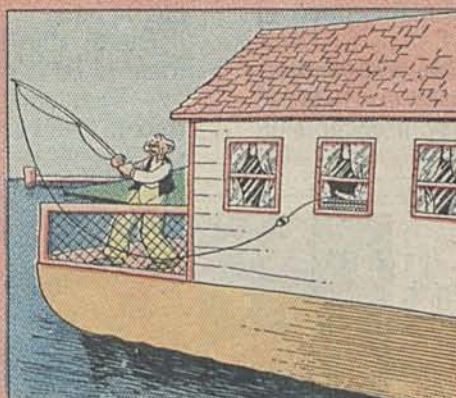


Castillo





# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## La Fortuna de Ricardo

Castillo

**R**ICARDO de Berg era hijo único de uno de los principales capitalistas de cierto pueblecito de Luxemburgo.

Su padre, llamado don Guillermo, tenía, como hemos indicado, una cuantiosa fortuna y de la cual no se ocupaba poco ni mucho.

Desde su más temprana edad se había acostumbrado a vivir en la abundancia, y sin duda creía que el dinero era inagotable, pues nunca se preocupó ni aun de cobrar sus inmensas rentas.

Con tan malos hábitos y costumbres, nada tiene de extraño que don Guillermo no pensara en dar a su hijo ninguna carrera ni oficio, pues creía, bien equivocadamente, que Ricardo no tendría nunca que trabajar, toda vez que a su muerte sería poseedor de medios sobrados para poder vivir con la mayor holgura.

Alentado Ricardo con el pernicioso ejemplo, y aun con los consejos nada saludables de su padre, era muy raro el día en que iba a la escuela, y cuando lo hacía no prestaba atención ninguna a las explicaciones del maestro.

Pero como el joven de nuestro cuento era bastante listo, y el maestro tenía decidido empeño en que aprendiese algo, adquirió a fuerza de tiempo una pequeña instrucción que él creyó más que suficiente.

Entonces dejó por completo toda clase de libros, y se dedicó a la vida más holgazana que darse puede.

Al lugar donde con más frecuencia solía acudir Ricardo era al taller de Juan, bondadoso herrero que vivía en frente de su casa.

Juan, además de ser un trabajador incansable, había servido en sus mocedades en el ejército y se distinguió por su valor y arrojo en multitud de encarnizadas batallas donde había ganado muchas cruces y distinciones.

Ricardo prefería la compañía de Juan mejor que la de otro alguno, porque éste, sin dejar de trabajar,

contaba a nuestro joven una porción de anécdotas y episodios de la vida militar.

Como Juan era muy bueno, quiso animar a Ricardo al trabajo, pues le disgustaba mucho que un hombre joven y sano estuviese siempre sin hacer absolutamente nada.

Cierto día en que, como de costumbre, estaba Ricardo en casa del herrero, le dijo éste:

—Veo, amiguito, que le gusta a usted mucho el trabajo que estoy haciendo. ¿Por qué, en vez de estar sentado, no me ayuda usted y de este modo va aprendiendo el oficio, que, aun cuando hoy no le sirva para nada, puede serle útil el día de mañana? Además de que la holgazanería es la madre de todos los vicios, trabajando se adquieren hábitos de orden y arreglo, y se robustece mucho el cuerpo. Ayúdeme, pues, y tal vez algún día se alegre de haberlo hecho, pues nadie puede prever lo que en el porvenir nos espera.

—Tienes mucha razón—respondió Ricardo—; tu trabajo me gusta mucho, y si te ayudo estaré más distraído. Voy desde ahora mismo a poner en práctica el consejo y tú serás mi maestro.

De este modo, y por vía de entretenimiento, empezó Ricardo a aprender el oficio. Como el joven era listo,

no tardó mucho tiempo en ser un obrero muy diestro, y llegó a tener una habilidad especial en la confección de clavos para zapatos.

Cada día era mayor la amistad y el cariño que se profesaban Juan y Ricardo, y éste ponía tal empeño en el trabajo, que se le pasaban las horas sin darse cuenta de ello.

Poco tiempo había transcurrido desde que Ricardo aprendió el oficio de herrero cuando ocurrió la muerte de su padre don Guillermo y entró aquél en posesión de toda su fortuna.

Entonces tuvo que abandonar a su amigo Juan; y como éste le había inculcado el hermoso hábito del trabajo, se dedicó a poner en orden todos los negocios que su padre había dejado bastante enmarañados.







Pronto se acostumbró a este nuevo género de vida, y se dió tal maña en sus negocios, que en pocas semanas había ya arreglado todo lo que estaba

en desorden.

Siempre que le quedaba algún rato disponible, iba a visitar al bueno de Juan y le ayudaba algo, para no olvidar por completo el oficio.

Al poco tiempo estalló una encarnizada guerra, y nuestro héroe, a quien Juan había enseñado el profundo respeto y veneración que a la patria se debe, tomó las armas y marchó en auxilio de los suyos para luchar con los ejércitos invasores.

Tal fué su arrojo y valentía en la lucha, que a los seis meses de campaña ascendió a la categoría de segundo teniente.

Al principio Ricardo iba de victoria en victoria; pero, como la fortuna es tornadiza de suyo, no tardó mucho en cambiar por completo la suerte de las armas.

Los enemigos recibieron grandes refuerzos, y, merced a ellos, derrotaron dos veces consecutivas al regimiento en que Ricardo militaba.

Ricardo y los suyos se vieron obligados a retroceder, y las tropas invasoras ocuparon por completo el país.

El pueblo de Ricardo fué destrozado a cañonazos, sus propiedades fueron víctimas de las llamas y del pillaje, y nuestro amigo no tuvo otro remedio que esconderse en un país extraño, donde se encontró sin recursos de ninguna clase.

Para que su desgracia fuera aún mayor, en uno de los últimos combates, recibió una grave herida, y, gracias a los buenos sentimientos de una familia que le albergó en su casa, pudo recobrar su salud perdida.

Ya curado, vió con tristeza que no sólo no podía recompensar a las personas que le habían asistido sino que ni aun tenía lo indispensable para vivir.

En el pueblo donde se encontraba observó Ricardo que todos los zapateros trabajaban con gran premura para los suministros del ejército; y como cierto día preguntase a uno de ellos quién le proporcionaba los clavos necesarios, el zapatero

respondió que él y todos los del oficio tenían que comprarlos muy caros en otro pueblo, pues en aquél no había quien los fabricase.

Grande fué el regocijo que esta noticia causó a Ricardo, pues pensó que el oficio que por capricho había aprendido podía sacarle ahora de un gravísimo apuro.

Como no tenía dinero para comprar los instrumentos necesarios, propuse a los zapateros del pueblo que se lo adelantasen, y él se comprometió a proveerlos de clavos a un precio mucho más bajo que el que en la actualidad pagaban.

Aceptaron gustosos los zapateros la proposición de Ricardo, y éste se dedicó con verdadero ardor al trabajo.

Tan bien le fué con la nueva industria, que al poco tiempo tuvo necesidad de hacer un taller mucho mayor que el primero, y tomó como aprendiz a un hijo de la familia que durante su enfermedad le había asistido.

Después de algún tiempo acabó la guerra con feliz éxito para los partidarios de Ricardo, y éste pudo otra vez entrar en posesión de sus perdidos bienes.

Antes de marcharse regaló a su ayudante la herretería, y de este modo pudo pagar la deuda de gratitud que había contraído.

Ya en su pueblo, lo primero que hizo fué visitar a su antiguo amigo Juan, a quien tanto debía.

Casóse más tarde con una bondadosa joven, y de su matrimonio tuvo cuatro hijos, a quienes educó de una manera bien distinta a como él lo había sido.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, mi querido buho ¿cuál es para tí el animal que te merece mayores respetos?

—Para mí, el animal más respetable es el elefante, amigo Chonón. Hasta tal punto, que no vacilo en darle la denominación de «rey de los animales».

—¿Pero no dice todo el mundo que el rey de los animales es el león?

—Aunque lo diga todo el mundo yo sigo otorgando mi voto a favor del elefante. Tanto por su talla, como por su fuerza y su inteligencia, el elefante merece ese título mejor que el león.

—Pues yo creo que el león es más fiero. En la selva no hay quien se atreva con él.

—Exacto. Pero para mí la fiereza no es ninguna condición estimable; al contrario, la detesto. Admiro, en cambio, en el elefante la cualidad de la nobleza pues siendo animal tan poderoso se somete a la voluntad del hombre y pone todas sus facultades a su servicio.

—¿Y no hay ningún animal mayor que el elefante?

—De los terrestres no existe ninguno mayor que él. Su altura llega a veces a sobrepasar los cuatro metros. Su fuerza es considerable. Con la trompa dobla barras de hierro gruesas como el brazo humano y arranca árboles de mediana talla como tú puedes arrancar una mata de tomates.

—¿Y dices que es también inteligente?

—Intelligentísimo. En algunas cosas puede decirse que discurre lo mismo que un hombre.

—¿No exageras, querido buho?

—Ni tanto así, Chononcito.

—Tendrás pruebas para pensar de ese modo.

—Las tengo. Claro que yo me refiero al elefante asiático, porque en lo que respecta al africano mi opinión es distinta. El elefante de África es rebelde, más torpe o insumiso para domesticarlo y en casi todos los casos peligrosos por su acometividad. Quedamos, pues, en que es el elefante asiático el que merece todas mis consideraciones y respetos.

—No olvides, mi buen amigo buho, que hay otro animal que se domestica muy pronto.

—¿Te refieres al perro, verdad?

—Al mismo.

—Pues un elefante indio es más fácilmente domesticable que un perro. Voy a explicarte cómo se procede en la India para capturar elefantes y cómo se les enseña a ser útiles al hombre.

—Me arrellanaré bien en mi butaca para escucharte. Tu charla me interesa muchísimo.

—La captura de los elefantes constituye en la India un monopolio que pertenece, según la región, bien al gobierno anglo-indio, bien al soberano indígena. En cualquiera de ambos casos se establecen en el interior de los bosques unos grandes rediles que los indios llaman «Keddah», y que consisten simplemente en amplios espacios cercados por postes de tres a cuatro metros de altura y próximos unos a otros para que entre sí no quepa el cuerpo de un elefante. Estos rediles tienen una puerta, que sólo se abre hacia adentro mas no hacia afuera.

—Entonces más que puerta es una trampa.

—Ciertamente. Hacia estos rediles se construyen caminos desde distintos puntos de la selva, pues es de sobra conocido el instinto nativo de los elefantes a seguir la ruta de las sendas. Preparado así el redil se reparte por el bosque que lo rodea un ejército de acosadores hábilmente dirigidos por funcionarios expertos. Suenan timbales, trompas, gritos, ruidos de latas, y

lentamente, este ejército, formado por centenares de indígenas avanza formando un cordón en arco de círculo que se va poco a poco cerrando a medida que se aproximan al redil. Los elefantes que quedan dentro del terreno cercado por esta maniobra son acosados hacia el redil, pues huyendo de los extraños ruidos se dirigen por los senderos a la trampa que se les tiene preparada. Pero es preciso hacer la maniobra con mucha habilidad, procurando que el elefante que dirige la banda no se aperciba de ella, pues si su inteligencia descubre la emboscada que se les tiende inicia la huida y le siguen todos, atropellando cuanto se les pone por delante. De no ocurrir esto y salir las cosas bien, los elefantes acaban por entrar al redil donde quedan encerrados. Una vez metidos en la trampa, varios indígenas se deslizan con cuerdas y, a costa de graves riesgos, atan con gruesas cuerdas las patas posteriores de los paquidermos.

—Será peligrosísima la aventura ¿verdad, buho?

—Mucho. Pero con habilidad, saben sortear el peligro. Después se les deja dos o tres días sin comer ni beber, y, pasado este tiempo se introducen en el redil elefantes ya domesticados sobre cuyas espaldas cabalgan indígenas provistos de más cuerdas, con las que atan también las patas anteriores de los que se muestran más rebeldes. Todavía pasan dos o tres días sin probar bocado ni beber agua y en cambio se les da a los sumisos abundantes raciones con lo cual acaban los prisioneros por comprender que les trae más cuenta abandonar el estado salvaje y someterse al dominio del hombre.

—A la fuerza ahorcan, amigo buho. El hambre y la sed son excelentes domadores.

—Ya lo creo. Como que al cabo de diez o doce días de estar presos en el redil acaban por convertirse en mansos animales y se familiarizan con los guardianes que los cuidan y les dan el alimento. Algunos, muy recalcitrantes, no quieren someterse, a pesar de todos los recursos empleados, y a estos, que son siempre muy pocos, sólo les espera la muerte, pues los indígenas no los vuelven ya a la libertad de la selva.

—No es extraño que en el reino animal haya malas cabezas, porque ya sabes que hasta en la especie humana no faltan estos ejemplares.

—Una vez amansados los elefantes se les selecciona para el oficio que hayan de desempeñar. Los más hermosos, que son los más grandes y los de colmillos más largos, se destinan para el uso de los radjahs y otros reyes indígenas, que los enjaezan con ricos paños y lujosos palanquines para lucirlos en sus vistosos cortejos; los otros, se venden a particulares, que los emplean en el transporte de viajeros o de mercancías. Los más vigorosos son destinados a trabajos duros, como el transporte de maderas. Es en este oficio donde el elefante muestra su excepcional inteligencia pues una vez amaestrados, toman los troncos de las aguas de los ríos que los acarrearán, y con el potente gancho de su trompa los llevan a los almacenes donde los colocan con una perfecta regularidad simétrica, sin que el indígena que llevan sobre sus lomos haya de hacerles la más pequeña indicación ni con movimientos ni con palabras. Y se da el caso sorprendente de que si al pasar un elefante junto a una pila de troncos hecha por otro compañero nota que uno de los maderos está mal puesto, corrige él mismo el error sin que nadie haya tenido que advertírselo.

—Estoy conforme contigo, amigo buho. El elefante es el rey de los animales.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE OCTUBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un andaluz  
J. Orozcarán



Un mosquetero  
J. Sacristán



Mi amiga Luisa  
Carmen Echániz



Borro-tubo  
TINI Pérez



La princesa Rosa-Luz  
Clotildin Pich



Don Miguel Benlloch  
E. Cortón



Una pera  
M.-S. Sancho



Coche de punto  
Carmencita Lozano



Alegoría  
Jaime B. Blasco



Globo  
S. Virallé



Un autobús  
Paquito Hortelano



Mi tío Pepe  
Carmen E. Morán



Una dama del siglo XVIII  
Luisa Cardenal



Doña Tecla  
Patrocinio Cano



Caricatura de Julio  
Carmen Reyes



El gato y los patos  
José Bermúdez



Pinocho en guerra.—Carlos Bello



Don Turu  
Antonio Pellico



Cuota  
Santiago Virallé



Paisaje Polar.—Isidoro Palacio



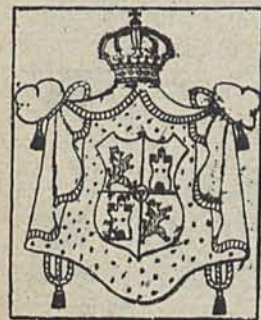
Casita  
Sebastián Briales



Un buque de guerra  
Isabel Hortelano



Una mesa  
M.ª Cruz Fortanet



Escudo.—José Bermúdez



Charlot  
Lolita



Mi amigo  
Marisa Alart



Piel roja  
Fernando López



Perfil  
Luisa Gordo



Elefante.—Pepita Franco



¿Quién es?  
M. N. V.



Marina.—José M.ª Pou



Castillo  
Nené Vázquez



A las grandes carreras. Virginia Murillo





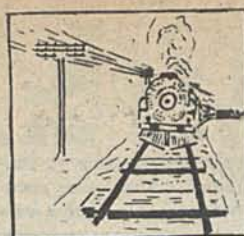
Escudo de Valencia  
Tomás Porite



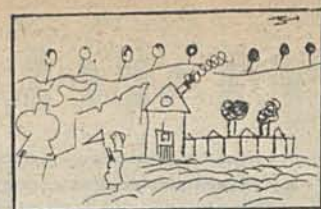
Colorín  
Willy Nonnas



Currinche  
Raquel Celina



Un tren.—Vicente Monnenu



El tren.—Teodoro Glz. de Zárate



Un cadete  
Carmencita Lozano



Corazón de roca  
Luis Sudréz



Una carabela  
Carmencita Gutiérrez



Corretón  
Laura España



Doña Tecla  
Alberto Rubio



Mi amigo Pinocho  
Manolo Bello



Don Turu  
Rosalia Simó



Escena.—José M. Pou



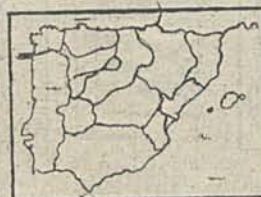
Mariposa  
Joaquina Jaraquemada



El hada Redondita  
Joaquina Jaraquemada



«Luisa».—Gloria Pulín



Un mapa.—Juanito de la Serna



Una japonesa  
Ramon Varela



Otra escena.—José M. Pou



Apunte  
Gabriel Gallinet



Apunte.—Gabriel Gallinet



El boticario de mi pueblo  
Jesús Oreazarán



Pinocho  
M. Barroso



Una bailarina  
Antonio Muñoz



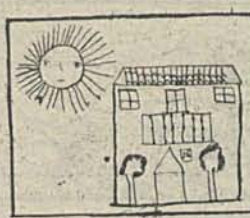
Don Turu de paseo  
Victoriano Romero



Pinocho  
M. L. Pérez



Gente de paz  
Paco Pino



Un hotel.—Concha Pastor



Mi primo  
M. Luisa C.



Cinta Zeni  
Emilia Banachina



Tres camaradas  
M. Martínez L.



Mi Pinocho  
Concha Pastor



Mi tía María  
Carmen E. Morán



Busto  
Victoria García



Automóvil  
José A. Baca



Pitorín  
Joaquín Moreno



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE OCTUBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LAS ISLAS



Hace muchísimos años un vele-ro noruego hacía el recorrido, anualmente, entre las islas que véis dibujadas en el plano.

Las líneas de puntos indican el camino que seguía en su ruta...

Pero un buen día al capitán, se le hincharon las narices y dijo:

—Ya me he cansado de ir siem-pre por el mismo camino y voy a seguir otro, mediante el cual, me bastará trazar cuatro líneas rectas con el barco, para hacer escala en todas las islas.

¿Cuál fué el nuevo camino?

## EL PERSONAJE MISTERIOSO

Estos tres loros deben haber visto algo sobrenatural y terrible...

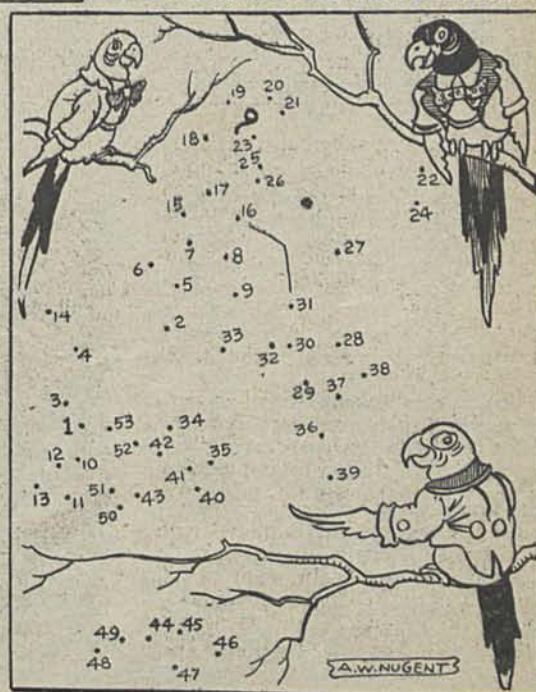
Si así no fuera no se comprende por qué, entonces, han enmudecido de repente.

Estaban hablando tranquilamente sobre la célebre inmorta-lidad del cangrejo cuando sus ojos han visto algo que ha hecho que sus lenguas quedaran pegadas a sus paladares.

Vosotros, amigos míos, podéis enteraros de cuál es la causa que ha motivado semejante trastorno en los loritos.

Para ello no tenéis más que unir los números con líneas siguiendo el orden correspondiente, ni que decir tiene.

Comenzad pues, con diligencia, vuestras pesquisas y hasta el domingo que viene.





# SECCIÓN PIRULA

Charitas de Pirula... bordadora

## La labor de Pili y los zurcidos de Jesusa



«Carola» o «Marité». Y en verdad que las quiere a las tres y con las tres se lleva a las mil maravillas.

Charito está sentada a su lado en clase, lo cual resulta

comodísimo para las dos porque si Pili es un «as» en francés, Charito lo es en gramática castellana y, sea dicho entre nosotras, yo creo que en más de una ocasión se apuntan mutuamente las respuestas que... Pero no seamos mal pensadas.

Carola es su compañera de paseo, porque da la casualidad de que la Miss de una es

intima amiga de la Fraulein de la otra; mejor dicho, no es casualidad, sino que de la amistad de las dos señoritas ha nacido la de las dos niñas.

En cuanto a Marité, es prima de Pili por lo cual esta amistad no necesita explicación, ¿verdad?

Pues bien, Pili podrá decir que su mejor amiga es Charito, Carola o Marité, pero en el fondo estoy segura de que añadirá para sí misma: «Y Jesusa».

Y si no lo dice en voz alta, será por temor a molestar a su mamá.

No vayáis a creer que mamá se molestaría porque Pili considere a Jesusa como amiga suya, por el hecho de que Jesusa no es una señorita, sino una criada de servir. ¡Ah! no, mamá no es nada orgullosa y tiene bien acostumbrada a Pili a la idea de que el «señorío» no consiste en el sombrero o en el dinero, sino en la bondad; y como Jesusa es muy buena muchacha, pues resulta que es tan señorita como la que más.

No, si a mamá le puede molestar la amistad de su hija con su doncella, es porque le gusta que Pili tenga amigas de su edad, y Jesusa pasa de los veinticinco años.

A pesar de esta diferencia de edades, Pili no quiere a Jesusa como se quiere a «una persona mayor» o sea, según dice ella «de abajo arriba»; no, la quiere como se quiere a una amiguita igual a una.

Claro que Jesusa sabe hacer unas cuantas cosas que a Pili se le antojan difícilísimas; por ejemplo, sabe planchar, formando en la ropa unos pliegues perfectos, muy igualitos todos; sabe marcarle a mamá las ondas del pelo «al agua»; y también sabe planchar «de brillo» los cuellos de papá y la pechera de las camisas blancas que usa con sus trajes «de camarero», según declara irreverentemente Potolo, el benjamín de la casa.

Pero en cambio hay muchísimas cosas que Pili se sabe al dedillo y de las cuales Jesusa no tiene ni idea; por ejemplo, Jesusa creía que París es una gran nación y Biarritz, su capital; y para sumar una peseta y ochenta céntimos, con dos pesetas y veinte céntimos, tiene que coger un lápiz y un papel; y de francés lo único que sabe decir es «sí, señor», «señora», «señorita», «agua» y «vino»; y lo pronuncia con un acento tal que dice «Misié», «Madan» «Ma-

moisel»; y cuando dice «ben» por «vin» parece que llama a alguien y cuando dice «de l'eau» pronuncia «délo» y dan ganas darle en efecto... un palo.

Esta ignorancia de Jesusa hace que su cuarto de siglo de edad inspire a Pili poquísimo respeto; como que Pili, consciente de su superioridad cultural sobre Jesusa, siempre se coloca frente a ella un poco en plan de protectora... y no me negaréis que para quien todo el mundo trata como a una nena sin importancia esta sensación es bastante agradable.

Lo que también une a Pili con Jesusa son... los zurcidos

Y es que entre los diversos talentos de Jesusa figura el de zurcir a las mil maravillas. Hace unos zurcidos tan perfectos, que he llegado a sospechar que Pili se alegra a veces de que se le rompa la plantilla de las medias o de los calcetines, para ver aparecer en ellos tan preciosos adornos. ¡Como que los zurcidos que hace Jesusa parecen bordados!

Y, naturalmente, Jesusa ha sido la maestra de zurcido de Pili; y Pili se ha mostrado alumna aventajada; no digo que zurza tan bien como su maestra porque eso es imposible o por lo menos a Pili le parece imposible.

Pero os aseguro que los zurcidos que hace pueden codearse con los de cualquiera que no tenga el talento «apabullante» de Jesusa, y de tal modo le ha tomado afición a este trabajo que en cuanto tiene un momento libre corre al cesto de la costura, se apodera de cuantos calcetines de sus hermanos encuentre y se entretiene en zurcirlos.

Ahora que esta no es una labor muy graciosa que digamos, y ya que Pili la prefiere a cualquier otra se me ha ocurrido aplicar el punto de zurcido a una labor que sea algo más decorativa que las plantillas de los calcetines.

Y he dibujado el adjunto motivo de campanillas, que se bordan enteramente a punto de zurcido. Más aún: este bordado puede adornar una mantelería y entonces el mantel se divide en cuatro partes iguales mediante unas listas que también se hacen a punto de zurcido, como podéis ver. No cabe mayor sencillez y facilidad de ejecución y sin embargo el efecto resulta casi, casi tan bonito como... un zurcido de Jesusa.

